

LEZAMA

◆ Si no se logra que Estados Unidos se comprometa con la reducción de sus emisiones contaminantes, la próxima cumbre ambiental resultará como la de Copenhague.

Clima y poder

JOSÉ LUIS LEZAMA

La cumbre de Copenhague confirma aquello de que es el mal y no el bien quien riga los destinos del mundo. Allí, más allá de toda la cursilería de gran parte del discurso ambientalista, de la buena fe de muchos y de la ingenuidad de otros, se impuso a secas el mundo de los negocios, el poder de la economía y la política convencional. Toda la cumbre consistió en una defensa exitosa del *status quo* del sistema económico mundial por parte de las dos potencias económicas más contaminadoras de toda la historia humana, China y Estados Unidos. Ambas naciones se benefician del mismo orden de cosas, de procesos productivos aún anclados en una economía carbonizada y depredadora, compiten por los mismos mercados, tienen por objetivo primordial la rentabilidad económica y comparten el mismo desprecio por la naturaleza y la gente de donde extraen su riqueza y poderío.

El fracaso era el único desenlace posible ante la negativa para asumir los costos económicos de reducir drásticamente su contribución al calentamiento del planeta. Los países no desarrollados tampoco quieren compromisos ni sacrificios económicos y demandan su derecho a contaminar, siguiendo la ruta de los hoy industrializados, para alcanzar un fantástico desarrollo económico al cual, por cierto, no acceden no por no haber contaminado aún lo suficiente, sino por los mecanismos de poder que se los impiden.

Los líderes del mundo desarrollado se volcaron contra China como la gran culpable del fracaso. China retardó hasta el último momento las negociaciones, se alió con los no desarrollados para hacer causa común. China no quería firmar ningún pacto vinculante y trató incluso de evitar que lo hicieran los del mundo desarrollado para evitarse la obligación moral de realizar esfuerzos mayores a los que ha ofrecido.

No obstante, pensar que éstas fueron las únicas razones de la diplomacia china para rechazar los acuerdos es no entender los juegos del poder, de la economía y de la política. En primer lugar, lo básico es comprender que la política de China y sus maniobras, dilatoria y evasiva, eran parte de una estrategia y de un juego de fuerzas con su contraparte americana. No se dio por lo tanto en el vacío, ni como una acción unilateral y caprichosa. Fue la respuesta a un hecho de muchas maneras obvio: que el presidente Obama llegó a Copenhague con las manos vacías, sin ninguna autorización del Senado de

su país para establecer compromisos. Por ello una hipótesis que circula en los medios europeos es que el presidente Obama, al carecer de mandato para asumir obligaciones que pudieran ser consideradas dañinas para la economía americana, optó por una estrategia que hiciera a China cargar con el peso del pronosticado fracaso de la cumbre, presionándola con exigencias que tampoco Estados Unidos podía cumplir, sin ofrecer nada a cambio: "una maniobra calculada para producir intransigencia, con lo cual China podía ser culpada por el resultado que Estados Unidos quería" (G. Monbiot, *The Guardian*, 21/XII/09). La actuación de China, por cierto, era muy similar, no ceder en nada y culpar a Estados Unidos. Al final, Estados Unidos y su principal aliado, el Reino Unido, difundieron la versión no sólo de la culpabilidad de China en el fracaso, sino también la del mundo no desarrollado y sobre todo de los "abominables" regímenes izquierdistas latinoamericanos: Cuba,

Bolivia, Nicaragua, Venezuela, etcétera. Así lo manifestaron el primer ministro británico Gordon Brown y su ministro de Energía y Cambio Climático, E. Miliband (*The Guardian*, 20 y 21/XII/09), quienes acusaron a los no desarrollados de secuestrar y chantajear la cumbre.

La próxima ronda de negociaciones que tendrá lugar en México al final del 2010 nace también con pocas esperanzas. En Estados Unidos, el partido del Presidente perderá seguramente la mayoría en las elecciones de medio término, el poder de cabileo de la industria petrolera, manufacturera y del carbón es muy poderoso y ni siquiera los aliados demócratas del presidente en el Senado son todos fervientes defensores del medio ambiente. La crisis ha bajado el entusiasmo verde en amplios sectores de la sociedad americana y en gran parte del electorado, para quien la economía y el empleo son temas sagrados.

Sin una ofensiva climática estadounidense comprometida con la reducción drástica de sus emisiones no habrá respuesta de China y la Unión Europea, quien se muestra feliz con que Estados Unidos y China pierdan competitividad incorporando los costos de la degradación ambiental, no se aventurará en esfuerzos más amplios. Pero si se trata de lograr consensos, algo que pueden aprender los organizadores mexicanos de la próxima cumbre es que la subordinación total a los intereses del mundo desarrollado, como la asumida por el anfitrión y primer ministro danés en Copenhague, sólo logra exacerbar la natural animadversión entre ricos y pobres, añadiéndole al tortuoso proceso querellas innecesarias.

jlezama@colmex.mx

